

DE ANTONIO RABINAD (1927) empiezan a saberse algunas cosas convenientes. Que no es sólo el hombre que los títulos de crédito de tantas películas de Vicente Aranda dan como guionista; ni es tampoco a secas el primer director y fundador de la editorial Difusora Internacional, estrechamente relacionada con Seix Barral; ni es únicamente el hombre que en Barcelona puede localizar el libro de viejo más raro en el plazo más breve. Ahora empieza a saberse que antes que todo eso, Antonio Rabinad es el autor de una extraordinaria novela sobre la posguerra española, *Memento mori* (1983), publicada por Carlos Barral cuando anduvo inventando colecciones desde Argos Vergara. El lector la puede encontrar hoy, bien limpia y corregida, en Alba Editorial, y pronto podrá ver también lo que será el primer tomo de una autobiografía raramente honrada con uno mismo, *El hombre indigno*.

Reproducimos el siguiente fragmento inédito de esas memorias porque señala el núcleo hondo del que surgió *Memento mori* y uno de sus protagonistas, Zoilo. Delata también, sin embargo, la sensibilidad literaria de quien redactó, fuera de toda tradición, en 1967, un libro tan hermoso como *El niño asombrado*, relato de infancia atravesado por el asesinato del padre y la experiencia infantil de la guerra. En ese mismo episodio ha de verse también el aire cuajado de miedo y angustia, de insatisfacción y poquedad que empapa *Los contactos furtivos* (1956), primera obra del novelista, escrita en 1951, y título necesario para reconstruir un derrotero valioso del neorrealismo español.

Jordi Gracia

Antonio Rabinad

En lo oscuro



EL SINIESTRO HORROR de la oficina, cuyos matices acen-túo deliberadamente con la idea de que eso me provoque -o provoque en otros- una reacción salvadora. Voy al trabajo sin afeitarse, en alpargatas, y con el cuello de la camisa sucio, ¡aj! ¡Si Lolita Reich me viera ahora! No pasaría del jardín enarenado de la calle del Olvido.

Cínicamente afirmo que no somos (los oficinistas) sacerdotes de un culto sagrado, "la casa", el templo de los divinizados dueños (como hasta ahora se venía diciendo), sino simples esclavos de un negocio en el que ellos se lo llevan todo. Finalmente escribo en un papel que abandono en el borde de la mesa, como quien lanza una botella al mar:

Se puede tener mucho talento e ignorar cosas al alcance de cualquier piojo de oficinista: por ej., dividir por dos cifras.

...lo del talento no me lo perdonan.

Y paralelamente a esa actitud el esfuerzo que hago para reescribir *Zoilo* potenciando el tema de la muerte personal, que -evidente secuela de mi infancia- me absorbe.

Toda la novela está impregnada de una atmósfera de acabamiento, de impotencia. Su ucronía (lo que ahora llamaría técnica de flash-back) es, para mí, muy complicada.

La tarde que estoy sentado en mi cuarto de la calle Hernán Cortés con el mecanoscrito ante mi pequeña Hispano Olivetti, frente

la pared de fondo azul con brochazos blancos imitando orlas y guirnaldas, asteriscos y acentos circunflejos, que un día pintara el *Dimoni*. Y de pronto ese tacto viscoso, como si una mano removiera mi cerebro.

Esa tarde tengo la certidumbre de haber "caído" dentro de mi personaje. Es una sensación peculiarísima, espantosa -indescriptible. Un sentimiento de impotencia, de no haber otra cosa que hacer sino esperar lo que espera el condenado a muerte, la aniquilación final. Como el nadador que se ha alejado mucho de la orilla y tiene de pronto la intuición -que es a la vez la más absoluta de las certezas- de que no va a poder ya regresar a la playa.

Aterrado, guardaré el borrador de *Zoilo* sin terminar en un cajón del escritorio, desde donde irradiará el maleficio de lo inédito (Machado) durante veinticinco años.

Pero el mal está hecho. Las cosas se despegan de mí. Imposible escribir. Imposible leer. La menor idea causa una devastación en mi cerebro. La vida se ha convertido en una materia esponjosa sin sabor: lucho por mantenerme a caballo de lo cotidiano con un mínimo de inteligibilidad. No sé exactamente lo que me pasa pero comprendo que es algo *verdaderamente* serio. Es exactamente lo más serio que me ocurrirá en la vida. Algo (me digo con pavor) que *no desearía ni a mi peor enemigo*.

Recuerdo las circunstancias especiales anteriores a mi caída en lo irreal, la tristeza abrumadora que precedió a esta inercia del cerebro. La conciencia de ser un extraño entre gentes que me eran extrañas. El hecho de no entender nada, pero el que los demás sí parecieran entenderlo, corroborándome en la vieja sensación de que me faltaba algo, un sentido adicional, de que era un ser incompleto. La percepción -crítica, dolorosa- de una vida sin gusto, desprovista de significado: ¿Para qué vivir? ¿Qué hago yo aquí? Y el pensamiento obsesivo del suicidio martilleando sobre la evidencia del fracaso.

El continuo machaqueo de esta idea: fracaso a todos los niveles, en todas direcciones. En el colegio me ponía siempre fuera de la visual del profesor. Había sitios así en la clase superior. Las mesas estaban

repartidas en una antigua sala alcoba. Había una mesa empotrada contra el marco de la alcoba. El asiento interior de la mesa quedaba tras el marco. Era mi asiento preferido. Me apretaba contra el marco y el profesor no me veía, se olvidaba de mí. Era como si no estuviese en la clase. Incluso yo me olvidaba de mí mismo. Yo siempre he estado así, detrás del marco, o fuera del cuadro. Detrás, fuera: ¿qué puede esperarse después de eso?

El despertar cada mañana con el sabor familiar a ceniza, vestirme aprisa e irme a la oficina. Y nada más llegar allí me daban ganas de agarrar la puerta y marcharme sin más explicaciones. Ganaba un sueldo miserable y con todo advertía a veces con asombro que mi puesto era envidiado por otros.

El vivir en constante disgusto, no hablar apenas con nadie, la impresión de hundirme más y más en una gran tela de araña que iba cediendo sin romperse nunca. Sentirme en el interior de algo, asfixiado, digerido: el tubo de un intestino. De pertenecer, con los demás, a una misma realidad excrementicia. No ver escapatoria por ningún lado. Y la necesidad de escapar. Salir de *aquí*.

Yo deseaba vehementemente una salida, aunque esta salida significase una catástrofe, una guerra mundial, o el suicidio. A toda costa quería hacer intervenir lo demoníaco en mi vida. Querer morir, odiar la vida: por lo menos la vida por mí conocida. Pero, ¿cómo morirse, Dios mío? Los caminos de acceso a esa zona (¿punto final de la huída? Ni de eso estaba seguro) me parecían todos igualmente horribles y dolorosos. Sobre todo indecorosos.

De niño había visto el cuerpo muerto de un hombre que se había arrojado a la vía del tren, en la Rambleta. Lo obscuro de la muerte. El dejar tras sí un cadáver como un montón de excremento. Supongo que es la consideración de esta indecencia lo que evita que muchos se maten. Esconderme donde la muerte no existiera, regresar al útero materno, desnacer. Al morir tendría uno que volatilizarse, como los habitantes de la luna, según Raspe.

Barcelona, como Madrid a Larra, no era para mí más que "un horrible cementerio". El rastro de la Historia, la simple contemplación de una ojiva o un

vital, menos aún (o sobre todo), la lectura de una placa ennegrecida en la fachada de una casa anunciándome que allí había nacido o muerto alguien famoso, me producía náuseas: inmediatamente imaginaba al personaje tras la pequeña lápida en trance aún de descomposición. Olfía a pudridero y a quemadero por doquier. La ciudad era una vasta urna cineraria, un inmenso crematorio del que las tres humeantes chimeneas del Paralelo daban harto testimonio.

Pero nadie parecía advertir aquel olor. Pasaban hombres extrañamente silenciosos, preocupados. Mujeres, hermosos cadáveres sonrientes, con sus bolsos brillantes y sus medias intactas. Todo apariencias, cápsulas de la muerte. Policías con su pasado uniforme gris acero que me producían un malestar físico; pasaba por su lado sin mirarlos, humillando la cabeza como si hubiera cometido un crimen; y de cruzar ante una comisaría aguantaba el aliento para evitar la bocanada fatídica que me asaltaría y podría derribarme ante la puerta, o la eludía cambiando de acera. Mi problema era la respiración. Temía los edificios oficiales, la atmósfera letal que respiraría en su interior y que sin embargo debía respirar a veces durante horas para alguna gestión de la empresa, largas colas con un papel en la mano en el que estamparían algún sello, previo pago. La respiración y la audición. Una persona caminando detrás de mí por la calle me inquietaba, y en especial si iba con otra, su insufrible parloteo, que me obligaba a detenerme en seco y cederles el paso. Si la vida no es otra cosa que la materialización de los sueños de cada uno, entonces, esa pesadilla en que vivía, ¿no era más que un nuevo insulto?

Antes de mi deslizamiento en lo viscoso leía mucho, desordenadamente. Los rusos eran mis autores preferidos, Goncharov, Chejov, Andreiev, Tolstoi y Dostoievski. Y en mi interior se disparaban alarmas, pérdidas de concentración, zumbidos, taquicardia, viscerales avisos que yo desestimaba para proseguir con mi lectura. A veces leyendo me parecía estar a punto de gritar, que no podría evitar lanzar un grito. Lo más asustante de la idea era la *naturalidad* con que se presentaba de improviso, su humorismo al proponer: Y si ahora lanzaras un grito, ¿qué?

En otra ocasión, leyendo (pero hacía rato que las líneas saltaban ante mis ojos), la idea de la redondez del planeta, de aquella árida bola volteando por el éter helado, el pensar que en realidad me hallaba cabeza abajo en el planeta y como si la relación de tamaño Tierra-yo hubiera cambiado hasta casi equiparar las proporciones, me hizo crispas las manos en el reborde del sillón y entrecruzar los pies debajo, lleno de vértigo, a pique de caer en el vacío, de resbalar por la profunda curvatura de la esfera. Quizá fue un pensamiento post Huguet. También yo me sentía *astre perdue*. De pronto el cuarto se llenó como de humo y todo a mi alrededor dejó de tener sentido, el sentido más elemental y humano, y con susto me sentí abocado a otra realidad, a la realidad verdad; y al vislumbrar por espacio de un segundo el rostro mucilaginoso de la misma (era como algo desprovisto de piel) me vi incapaz de continuar representando mi papel de hombre normal. Seguí en el sillón, sin leer, el libro abierto entre mis manos y apoyado en el regazo, el corazón galopante. Estoy enfermo, me dije, abatido. Eso es lo que me pasa. Estoy enfermo.

Casadas mis hermanas y Vicente en América, me encontré a solas en la casa. Echaba mucho a faltar a Vicente y cada una de sus cartas era un trago de oxígeno para un semiasfijado. Pensaba en la depresión que tuvo cuando Ramona se marchó a París y, con sarcasmo, en los útiles consejos que le dí. Aquella soledad del piso tan ansiada me resultó de pronto insoportable. Tanto como había deseado tener el piso todo para mí, sin pláticas esponsalicias bordoneando en ambos extremos del piso ni el eterno zumbido de la Singer cosiendo pieza tras pieza del ajuar en el cuartito; y ahora lo encontraba todo demasiado vacío, demasiado silencioso. No podía. Con mi madre apenas hablaba, no teníamos temas comunes. Y como el niño salvaje acostumbrado a que le griten para todo porque no entiende cuando le hablan en voz baja, así ahora me resultaba a mí imposible escribir en el silencio. No podía. Intenté, en un esfuerzo supremo, modelar aquella novela, meterme dentro, esconderme en la ficción, ensayar la huida "por ahí". No podía. Comía muerte y dormía muerte. No podía. No podía. No podía. Aquella

tarde frente la pared azul salpicada con los brochazos blancos del *Dimoni* aparté de pronto a un lado la máquina de escribir, con una extraña sensación de aridez en el alma. Una sensación extraña. Como si definitivamente todo hubiese muerto en mi interior.

Y con independencia de mí, de un modo tan misterioso como se había iniciado, el proceso de mi destrucción psíquica siguió adelante.

La tarde de mi deslizamiento era sábado: fui con Jaime Sau al Pueblo Nuevo, donde pasaban *El invisible Harvey*, de James Stewart. Recuerdo bien la angustia física, mortal, que me embargaba. De pronto, ya en el interior del cine, me pareció que todo a mi alrededor era de papel pintado, algo que podía romperse, deleznable. Fue tan intensa aquella percepción que, sin poder seguir mirando la película, bajé la cabeza. Jaime se dio cuenta, y me miró: ¿Qué te pasa? Es raro, dije yo. Raro, ¿qué?, siguió preguntando él. Pero yo no podía continuar. No podía explicar lo que me ocurría. Tampoco podía hablar.

(Es curioso que, de toda la película, lo único que recuerde es aquel conejo gigantesco que no aparecía en la pantalla precisamente porque era *invisible*. Aquella cinta cómica, trivial, para mí era de un terror indescriptible debido a la presencia de Harvey: no comprendía que los demás no lo vieran y se riesen del iluso James Stewart, que, como yo, sí lo veía. Por nada del mundo vería otra vez esa película, porque ¿y si volvía a ver a Harvey?)

A la mañana siguiente, domingo, me levanté y, por hacer algo, fui a las Ramblas. Un 62 me dejó en la plaza Cataluña. Bajé con paso rápido hasta el embarcadero de las golondrinas, como si alguien me esperase allí; no había nadie. Ni siquiera estaba abierta la taquilla. A mis pies el agua pútrida chapoteaba siniestramente contra el malecón. Me sentí hueco y solo bajo el día luminoso. Miré la fachada amarillocadavérica del Gobierno Militar y recordé con estupor la visita que allá hiciera un día. Tenía la boca seca. Ante mí, las calles convergentes del Barrio Chino se abrían como otras tantas simas de aburrimiento, de vacío, de nada. Y ahí estaban los barracones de libros, cerrados, grises, en hilera, con un vago aire de tren de mercancías en la vía muerta. También ellos exhalaban un horrible sin sentido. Por esas

calles vacías y empedradas que abrazan la muralla de Atarazanas, salí hasta el Paralelo, tomé un 60. Y por la tarde, con Pepe Rapún, vi en el Club Helena de la calle Ros de Olano, en Gracia, una representación de *Palabras en la arena*, de Buero Vallejo.

Como la tarde anterior en el cine, se me hizo insoportable escuchar palabras altamente explosivas, que desgarraban en mi interior partes vitales, vísceras sensibles. Todas me parecían revelaciones y alumbraban abismos para mí, que yo no quería ver. Intenté aparentar normalidad, me levanté como si fuera al urinario y desaparecí sin despedirme de Rapún. Sentía un extraño pudor, una infinita repugnancia a confesar qué me pasaba. Yo siempre había controlado mis ideas.

El lunes, la cosa continuó; la mañana en la oficina fue un anticipo del infierno, una rodaja cercenada a mi ración. Al mediodía no pude comer. La angustia bloqueaba mi garganta y endurecía la boca del estómago. Pensé aterrado que bien podía así morirme de hambre y que seguramente iba a morirme. Estaba muerto. Era un muerto vertical. Dije algo, articulando con cuidado -no había hablado en toda la comida- y me marché del piso sin comer, como si abandonara un submarino falto de aire.

Toda la tarde estuve caminando con la sensación de llevar en la cabeza un vaso colmado de agua que no debía derramar. Me senté, manteniendo el equilibrio, en los jardines de la plaza Cataluña. Otros muertos, bajo las fúnebres hojas, hablaban en un idioma ininteligible, sonrientes. Volví a sentirme ante la inminencia de algo. Me levanté, bajé al subterráneo, y entré en el cine de la Avenida de la Luz, donde daban un programa cómico. Esa droga siempre me había resultado muy eficaz y necesitaba a toda costa embrutecerme, limar las aristas de aquella terrible lucidez. Pero volví a pasar corriendo ante los dos hombres de la puerta, uno de ellos el empleado que apenas dos minutos antes me había cortado la entrada: los ruidos y las voces de la película, enormemente amplificadas, me habían hecho el efecto de cuchillos. Capté de refilón la mirada del hombre reconociéndome, sorprendido al principio; luego dando un codazo al compañero y sonriendo, al confundirme con un homosexual desairado. Subí a la plaza y me senté en mi sitio en los jardines, siempre

el vaso sobre la cabeza. Aquel vaso era mi conciencia. Por eso era tan importante no derramarlo. Pude todavía darme cuenta de que se aproximaba algo espantoso. Rastree en mi memoria buscando la cara de algún conocido. Pero las caras que se me presentaron, las que hubieran podido ayudarme, eran totalmente extrañas, frías. Sólo un delgado hilo me sujetaba a lo real: a las siete y media tenía que encontrarme con Paquita, llegada de Mallorca. En toda la extensión del planeta ella era el único ser humano que conocía. Pero aquella hora estaba espantosamente lejana. No podría resistir. De un momento a otro mi cerebro empezaría a pensar por cuenta propia, dejaría de ser *mío*. Como si hubiera chocado contra un iceberg desconocido, me hundía, me hundía...dándome perfecta cuenta de hallarme a merced de algo real, malo, *inteligente*... Miré al que estaba a mi lado, me dije: Ese me recogerá..., encontrará la dirección en mi cartera, y ... Cerré los ojos, pero los volví a abrir en seguida, despavorido: debía mantenerlos abiertos si quería seguir afianzado al mundo.

Con mucha lentitud me levanté, volví a bajar al subterráneo para acercarme a la taquilla del metro y decir con voz opaca: "Clot". El hombre me dio un billete, sin hablar. Pero bajé una parada antes, en Las Glorias. Arriba, junto al talud del ferrocarril dos hombres cavaban una zanja. Podía oír el golpe de sus azadas en el suelo, y veía también la tierra húmeda del hoyo (clot) que estaban haciendo y recordé mi palabra al empleado. La visión de aquella tierra abierta, roja, era de una tan clara obscenidad, latía en ella un pensamiento tan maligno, tal poder de succión, que tuve la convicción de que lo que estaban cavando aquellos hombres era mi fosa. En el momento de pasar ante ellos uno de los hombres levantó la cabeza mirando en mi dirección, y sus ojos corrobora-

ron mi certeza. Sólo bastaba acercarme allí, arrojarme dentro y ellos inmediatamente empezarían a echarme tierra encima.

Veía, al fondo del inmenso descampado, la fachada de ladrillo rojo de mi casa, y me dije: un poco más. Seguí avanzando hasta la gasolinera, dejé de oír los golpes, subí al piso. Al entrar hice una mueca, regurgité algún sonido. Fui a mi cuarto. A mi madre, que entró poco después, le dije con naturalidad: mira, haz la cama, no me encuentro bien. Miraba al suelo para ocultarle la cara. Pero ¿qué tienes?, preguntó mi madre. Nada. Esa era la palabra: nada. *Nada*... Me sentía resbalar del entorno, despegarme de las cosas. El aire, como si también participara de aquella substracción, se había enrarecido de un modo increíble. Abrí la boca para respirar pero en realidad lo que hice fue emitir unos pequeños jadeos. No sabía llorar, y me daba una gran vergüenza hacerlo. Lo que sin embargo hacía. Destellos blancos. Como cuando se corta una película y en la pantalla aparecen signos ininteligibles,

cruces
rayas
qwertyuiop
asdfghjklñ

(Como el gong salva en el último momento al boxeador ya noqueado, así la Semana Santa me da un respiro y me sostiene en pie, desrealizado, listo para el salto final).

(De mi libretita de hule): Hoy no he ido a la oficina. Mi madre me pide que vaya a visitar una señora de Sta. Coloma. Una vecina, la señora Julia, le he hablado de ella.